

PEDRO JOSÉ MUÑOZ

Tema: “La elegía de la ciudad que se va...”

16 de julio de 1951

Señores Académicos:

Sean mis primeras palabras para dirigiros un atento saludo, al comparecer ante vosotros para incorporarme a esta Honorable Corporación que me dispensó el alto honor de elegirme su Individuo de Número para ocupar el sillón letra Ll.

Entre las manifestaciones espirituales que afectan nuestros actos, ninguna llega a ofrecer caracteres más variados que la emoción. Júntase a veces, en ella, evocaciones, recuerdos, añoranzas, toda una gama de impresiones que han dejado su traza en nuestro ánimo, y de la preponderancia que alguna de éstas alcanza sobre las demás, depende la forma como llega por fin a manifestarse.

Me perdonaréis, pues, que la emoción que experimento en este momento solemne de mi vida asuma caracteres de honda significación personal. Porque al verme en este recinto y al ocupar esta tribuna, no puedo menos que pensar en la singularidad del destino que hace que sea cuando la nieve de los años cubre mi cabeza cuando llego a encontrarme en este sitio adonde debí venir cuando apenas trasponía los veinte años y cuando las ilusiones del estudiante parecían enderezarse por un rumbo muy distinto del que me ha tocado seguir.

Os ruego, pues, que me oigáis con indulgencia y que haya en vosotros para mí en el momento de mi llegada a vuestro lado, la misma benevolencia que os animó al dirigirme el llamado al cual me siento complacido y honrado en atender.

Remontando en la corriente de los días, tócame consagrar el homenaje del recuerdo a los eminentes varones que me precedieron en el sitio que hoy me asigna vuestra decisión. Y para ellos tengo todo cuanto mi admiración y reverencia han sabido encontrar en la labor de buenos venezolanos que ambos se esforzaron en realizar.

Es un recuerdo ligado a este recinto y a esta cátedra el que viene a mi mente al tratarse de Rafael Requena. Porque aquí, tuve, en un ya lejano día de 1904, la ocasión de presenciar el momento en que recibía el título de Doctor en Ciencias Médicas, que venía a coronar una brillante vida estudiantil, fecunda en promesas que el tiempo y la fortuna se cuidaron de consuno en tornar en halagadoras realidades. Daba muestras Requena, al iniciar su carrera, de su acendrado interés por los grandes problemas científicos; y bien lo comprobaba el hecho de que hubiera escogido para su tesis de grado el estudio de uno de los males más terribles que desde hace millares de años vienen afligiendo a la humanidad y el cual, aún en nuestros días, resiste obstinadamente a todos los esfuerzos de la ciencia. El mal de Lázaro, esa terrible muestra de la ira divina que no se sabe si cobra faltas acaso ignoradas, o si, como expresa el sublime Libro de Job, es solamente una prueba que la Divinidad impone a la criatura humana; la terrible lepra, fue el tema escogido por el estudiante para elaborar una tesis que reunía cuanto hasta en aquel momento se conocía acerca de esa pavorosa enfermedad. Y con ello venía a demostrar el particular interés que habría de consagrar a cumplir los deberes que el noble juramento hipocrático le acababa de imponer.

Hombre de estudio, Requena había de seguir juntando a la asidua práctica profesional un señalado interés por otras valiosas actividades científicas. Y cuando la suerte le lleva a una posición eminente, donde está a su alcance el poder imprimir a sus actividades y aficiones el impulso que ellas necesitan, vemos aparecer al hombre de ciencia, historiador, antropólogo, que ve premiados sus esfuerzos con los valiosos descubrimientos que realiza en los alrededores del Lago de Valencia y los cuales constituyen una de las más valiosas e importantes aportaciones al conocimiento de la vida precolombina de esa región, y, consecuentemente, de esta Venezuela a la que tanto supo amar.

La compenetración que gracias a sus estudios llega a lograr Requena con las investigaciones de esa índole, le hacen ir a buscar en el más profundo y apasionante de los enigmas históricos la conexión que pudiera existir entre la desaparecida Atlántida y los vestigios que dispersos quedaron como muestras de la magna catástrofe. Y en un libro cuyo mérito va siendo cada día más apreciado en los círculos científicos que especializan sus actividades en la investigación de ese problema histórico de tan poderoso atractivo, vierte el resultado de sus observaciones y deja el testimonio elocuente de su vivo interés por el gran misterio, tantas veces milenario.

Supo la Academia Nacional de la Historia apreciar la valía del hombre de ciencia y le llamó a su seno; pero, por circunstancias tal vez ajenas a su deseo, no llegó a verle incorporado a ella, brindándole el concurso de su fecunda actividad. Quede en estas palabras el recuerdo que, en nombre de la Honorable Corporación, me permito dedicar al noble amigo desaparecido.

Y es ésta la ocasión de ir hacia otro eminente venezolano, uno de los fundadores de esta Academia, a quien considero un deber de justicia recordar y a quien se hace imperativo el tributarle el homenaje a que le dan derecho sus múltiples e innegables méritos.

Porque, con el paso del tiempo que suaviza las aristas y apacigua las pasiones; de la contrastación que se hace de los días del presente con los del pasado, y del juicio que acerca de los hombres formulamos cuando les vemos activos y vivaces y cuando ya idos nos queda solamente el recuerdo de sus actos, surge, purificada de la escoria de las pasiones, límpida y pura, la verdadera personalidad. Vamos entonces hacia la obra escrita; la releemos, meditamos sobre sus páginas, pesamos las pasiones, medimos el alcance de algunos conceptos y así llegamos finalmente a comprender que sí hay méritos efectivos en lo que, en muchas ocasiones, llegamos a juzgar con un criterio unilateral.

Tal el caso del Dr. Francisco González Guinán, autor de esa grandiosa obra que se llama *Historia Contemporánea de Venezuela*. Larga y fecunda en peripecias que llegaron a proporcionarle un valioso acopio de conocimientos fue la actuación de este eminente ciudadano en variadas actividades de la vida venezolana. Político de altura, periodista de combate, luchador esforzado en pro de los grandes ideales liberales, el Doctor González Guinán llena un largo período de la vida pública de su Carabobo nativo y de la República en cuyo gobierno ocupó cargos de señalada importancia.

Trabajador infatigable, de su asidua labor da fe esa *Historia Contemporánea de Venezuela*, que constituye uno de los más valiosos acopios de documentos, testimonios, informaciones con que se cuenta actualmente para conocer a fondo un largo período de la vida de la República.

Hombre de profunda moralidad, padre de familia intachable, el doctor González Guinán extiende a los niños de Venezuela las puras enseñanzas que sabe compilar para sus

propios hijos; y "El Consejero de la Juventud" nutre de sanas enseñanzas, de reflexiones nobles y sencillas, a varias generaciones de venezolanos.

Más tarde vendrá "Lo humano" a hacer conocer el fruto de la experiencia que ha acopiado este hombre a quien nada le ha quedado por penetrar y aprender. Y cuando su piedad cristiana recibe del Sumo Pontífice la imposición del hábito de Caballero de San Silvestre, bien sabe comprender todo el que le conoce, que ha sido un acto de justicia tan señalado honor.

Guardaba la suerte una de sus mejores demostraciones para consagrar al recuerdo agradecido de la Patria el nombre del doctor González Guíñan. Y fue ella la de que recibieran su paciente búsqueda y su infatigable interés el premio de encontrar, en poder de una honorable familia de Valencia, lo que bien puede ser llamado "el acta de nacimiento de la República": el Libro de Actas del Congreso de 1811, en el cual se halla inserta la que consagra la Independencia de Venezuela.

Esto sólo bastaría para explicar su derecho a la gratitud del pueblo venezolano, y por qué la Academia Nacional de la Historia se siente orgullosa de que hubiera sido uno de sus miembros el que hubiera logrado tan valiosa adquisición para la Patria.

Sean estas palabras expresivas del homenaje que al llegar a este sillón que él fuera el primero en ocupar, rinde mi admiración al ciudadano eminente, al brillante periodista, al historiador infatigable, al duro bregador de la política venezolana en cuyas actividades ocupó puesto tan alto como señalado.

Señores Académicos.

Permitidme que al ocupar sitio entre vosotros, corresponda a vuestra generosa acogida dedicando un recuerdo a aquél a quien todos vosotros supisteis apreciar en cuanto él valía y en cuanto reclamaban sus méritos; que nombre, como garante de mis futuros actos en esta ilustre Academia, a quien a traerme a ella anduvo noble y generosamente inclinado; al que, como de él dijo un poeta, fue "flor de espíritu en copa humana": a Pedro-Emilio Coll, quien sabe estar de tal manera presente en nuestro recuerdo, que bien podría su ausencia de este sitio en este instante atribuirse no a la eterna que todos deploramos, sino a alguna de sus típicas genialidades que le ha hecho retrasarse dialogando con Homúnculo u oyendo de labios de Titania alguna confidencia acerca del melancólico Príncipe de Elsinor.

Y dejadme que, para ofreceros mi humilde cooperación, glose la noble frase del Apóstol del Caribe, del glorioso e inolvidable Martí, al deciros: "Déme la Academia en qué servirla". Y bien puede confiar en que sabré hacerlo con empeño y gratitud.

I. — EL VALLE INNOMINADO

A la vera de la fila de montañas que lo separa de la inmensa extensión líquida, el valle sin nombre se tiende silencioso y solitario. La cadena de cerros finge un rebaño de monstruos adormecidos al arrullo de las olas que batan incesantemente la ladera que llega hasta el mar; y en la grave inmovilidad en que se estancan parece que hubieran hecho un alto en su marcha de siglos hacia otros tiempos que están por venir.

Encerrado en su engarce de montañas, el valle despliega el tesoro ingente de su vegetación espléndida; de las corrientes límpidas y rumorosas que descienden de la altura; de los suaves ribazos donde exhiben su gracia silvestre las flores de vividos matices... Y

erigiendo su masa poderosa, de cambiante policromía, recortando a veces un severo perfil o luciendo albo tocado de nubes, percíbese el monte gigantesco que es como un fiel centinela que guarda celosamente la integridad del valle que se tiende a su amparo.

Atisbo temeroso y pasajero fue acaso el del primer hombre que se encontrara un día frente a la mole majestuosa que se lanza hacia el cielo en magnífico alarde de sólida seguridad. ¿Fue acaso algún cazador audaz que perseguía a una res herida, o el guerrero fugitivo a quien acosaban inclementes enemigos, o un activo mensajero portador de algún mensaje de cacique a cacique, de tribu a tribu, el que contempló con asombro los felices cambiantes que al pasar de las horas muestra la mole inmensa que domina, cual una divinidad silenciosa y temible, al valle que aún no tiene nombre?

Duerme el valle, silencioso y solitario...

Como barras de reluciente metal cruzan el sínople de su campo las corrientes que bajan de las cumbres; y al entrelazarse por obra de los caprichos del relieve, fingen verdeantes escaques fileteados de argento.

En los días de la convulsionada evolución que dentelló los bordes septentrionales del continente ¿qué ritmo isocrónico presidió a la formación de esa sarta de magníficos valles que demoran detrás de la cadena montañosa que detuvo el avance de los mares hacia las dilatadas tierras del mediodía?

Cruzados por ríos de caprichoso curso; cubiertos de selvas en las que el esplendor de las tierras equinociales osténtase sin trabas ni estrecheces; desplegando la magnificencia de su naturaleza inviolada, esos valles comenzaron a brindar sus tesoros a los hombres que llegaban de las montañas que están hacia el lado del ocaso; o a los que procedentes de las tierras del oriente venían acaso al encuentro de otros que estaban llegando desde la extensión llana donde las aguas desbordadas tornan en accidentales archipiélagos las sabanas.

En el correr de los años habrán de seguir llegando. Y su elección se fijará en las tierras medias, en los parajes fértiles, a la vera de los ríos, junto a la selva que provee a las necesidades que la vida en común va creando e imponiendo, que es fuente de recursos y brinda seguridad y amparo... Y si no llega la colectividad urbana a alcanzar el desarrollo que en otras partes del continente ha culminado con la existencia de imperios prósperos y poderosos, ya las tribus tienden a hacerse sedentarias y todos cuantos las integran se agrupan en torno de la morada del cacique, formando el gramo primordial de lo que más adelante podría ser el caserío, la aldea, el pueblo y, por fin, la ciudad.

Pero todavía al valle sin nombre, que duerme silencioso bajo la fiel custodia del monte gigantesco, no ha llegado el hombre en función pobladora, y sólo hay en él el misterioso ambiente que sabe crear la Madre Naturaleza doquiera exhibe las muestras ingentes que de su potencia hace emanar.

Pero, hay algo más aún: pues, guardiana impasible del paraje preñado de misterio, sobre la fila de montañas que va de naciente a poniente, parece estar tendida —descuidada e indolente— la silueta de una mujer, cuyo espléndido escorzo, presagio acaso de la ciudad alegre y placentera que un día habrá de venir a rebujarse a sus plantas, trae a los labios la inquietante interrogación: ¿es una madre en reposo o es una amante que espera?

II. — EL HOMBRE NACIDO DEL SUELO

¿Lo veis...? ¡Allá viene...!

Frente a la mole inmensa y sobre la tierra que se expande hacia los rumbos innúmeros, aparece precaria e insignificante la agrupación humana que, como todas las cosas nuevas, llega del lado por donde se alza el sol.

Son pocos en número, pero ¡cuán muchos en heroísmo y decisión! Traspusieron la serranía que parecía vedarles el paso, y cuando al alcanzar la cima regalaron sus miradas con la contemplación del valle, que parece derramarse como un mar de verdor al cual contuvieran las montañas que lo cercan, pensaron que era llegado el término de su aventurera jornada.

Ya, en el correr de los años, han estado llegando desde todos los puntos del compás las agrupaciones humanas a quienes, como a los que hoy llegan, atrajo la serena hermosura del paraje. Y obedeciendo a la ley natural que rige el destino de los seres, han logrado predominar los que han sido más fuertes y capaces. Y son los caracas, los toromaymas, los tarmas, los mariches, las parcialidades que han ido asentándose en la dilatada extensión del valle espléndido.

Sonoros, cual si los animara el grave resonar del caracol guerrero, son los nombres de los altivos caciques que les comandan. ¡Allí: Guaicaipuro, Terepaima, Guaimacuare, Aramaipuro, Guaicamacuto, Sorocaima, Conopaima...!

¡Son fuertes, son recios, son altivos, son grandes...!

Enfrentándose a los fieros caribes que venidos del seno de las grandes selvas meridionales del continente llegaron a las orillas del mar y desde allí se lanzaron a la conquista de las islas que parece que fueran al encuentro de las comarcas del norte, ellos forman la sólida muralla que ha impedido hasta ahora que las parcialidades del centro y del occidente sucumbieran ante el feroz invasor. Ha sido parte a animar la esforzada empresa no solamente la igualdad de las armas que unos y otros esgrimen sino también la unidad de raza, la similitud somática entre quienes atacan y aquellos que resisten a un afán proditorio de avasallamiento. Y saben que igualmente lo harían si se tratara de los hombres de esos grandes pueblos que, según rezan los relatos que algún aventurero ha traído de sus lejanas andanzas, demoran hacia el norte, hacia el oeste y hacia el sur. Hablase de grandes jefes que son dueños de naciones poderosas y extensas, de gentes que forman agrupaciones regulares y ordenadas y que residen en viviendas que la imaginación, privada de puntos de comparación, no puede llegar a concebir; de colectividades ricas, donde la manutención está asegurada en forma tal que origina paz y sosiego en quienes ya no pueden trabajar; de suntuosidades y magnificencias que escapan al alcance de lo imaginativo para caer en lo maravilloso...

Más, ahora esos arrestos que les han sostenido ante hombres de su misma raza, han sufrido una impresión que paraliza el ímpetu y domeña el arrojo que hasta ahora no había encontrado contención. A diversos lugares de la costa han llegado y siguen llegando, unas gigantescas aves que vuelan a ras de las ondas, y del seno de ellas, con la tranquila serenidad y audacia que debe ser privilegio de los dioses, han surgido y saltado luego a tierra unos hombres enteramente distintos de cuantos se hubieran visto en estos lugares. Destellos resplandecientes arrancan los rayos solares a sus robustos cuerpos forrados de acero, y sobre sus cabezas flamean penachos multicolores. Transfórmanse milagrosamente a veces, formando un monstruo bicéfalo o conservando la apariencia humana. Y cuando

han tenido que rechazar el ataque intempestivo y violento, de sus manos ha surgido el trueno y ha lanzado su dardo lacerante el rayo del cielo.

En ninguno de sus sueños de hasta ahora había aparecido ante los ojos de estos fieros aborígenes nada parecido a los seres y las cosas que atisban desde la maleza, acezantes de ignorante impaciencia. Copiosas barbas negras, rojas, grises, se prenden a la faz de los que llegan; y algunos, que serán sin duda de estirpe superior, lucen barba y toisón en los que el oro ostenta su fulgor. Yal contrario de los hombres de acá, en quienes la gravedad y el silencio son dones de alteza, resuena entre los que llegan un turbulento vocerío que con turba y desconcierta a los que están acechándoles.

Esos hombres han estado llegando a diversos puntos de la costa; y resueltos y audaces, sin detenerse más tiempo que el que menester hubieran para desembarcar sus armas y bagajes, se han metido por las tierras adentro, cual si de parajes conocidos y familiares se tratara. Ceremonias extrañas que un infuso conocimiento diputa por rituales, han sido previas a su marcha hacia lo desconocido. Y ya se sabe que en muchos lugares han entrado en contacto con los hombres que acá viven, y que si en algunos casos la inteligencia ha sido fácil y hacedera, en otros han estallado choques y la sangre ha corrido sobre la tierra.

Y si de la aproximación y el trato han surgido la cordial inteligencia y la iniciación de una vida en común, también el amor, chispa divina que salta entre opuestos polos, ha aparecido para hacer más propicias aún las voluntades.

Sueño puro y como tal irrealizable fue sin duda el que animara a los seres que realizaban la divina conjunción bajo el palio azul del cielo tropical. Conjunción milagrosa de la cual debió surgir la descendencia que poblara las tierras recién descubiertas. Pero ¿a dónde no van, junto con los sanos intentos, los afanes malévolos, los torvos propósitos y los intereses bastardos? ¡Cuando Ariel levanta el vuelo y surca el espacio, ingrávito y sutil, bajo la leve sombra que proyecta su figura grácil va arrastrándose torva y callada, con su clava presta a aplastar la noble obra del espíritu, la masa disforme y siniestra de Calibán!...

Ese hombre que viene allá lejos, ése a quien vimos aparecer como una divinidad emisaria sobre la cumbre del viejo monte y que descendió luego hasta el valle que duerme a sus plantas, es el fruto de la mutua atracción que, bajo todos los cielos, en todos los lugares de la tierra, impulsa a la mujer hacia los brazos del hombre.

Bien lo dice que es un hijo del amor el conocimiento de su linaje. Porque no podía ser hijo de la violencia ni el atropello quien naciera del seno privilegiado de una cacica, ni habría quien tal hiciera de escapar al condigno castigo de esa falta.

En ese hombre que llega se han reunido sangres que muy en breve han de ser vertidas en lucha inclemente y dolorosa. Una virgen indiana le llevó en su seno como prenda fecunda del amor de un hidalgo hispano, rendido a sus encantos. Y en la isla grande que demora hacia el oriente, allá donde dominan los régulos a quienes unen lazos familiares con los que acá en el valle también mandan y reinan, ha crecido el que hoy llega, *el hombre nacido del suelo*, el primero que se lanza a empresas y aventuras de fuerte aliento, como que para ello le hacen capaz y suficiente los vínculos que por un lado le unen a la hueste conquistadora, y por el otro le ligan a los que hasta ahora fueron los amos de la tierra que le vio nacer.

Si precario es el respeto que entre las gentes hispanas encuentra el mestizo audaz y aventurero, en las de su raza materna encuentra un homenaje rendido y leal. Es el hijo de la cacica, y ello basta. Y las huestes indianas acatan sus órdenes y obedecen ciegamente a sus deseos.

Audaz, hábil, resuelto, háse puesto en marcha hacia las tierras que su ambición disputa fáciles de lograr con el apoyo de los nuevos señores, que para él no son unos extraños, y de la ayuda de quienes considera que a hacerlo están obligados por razón de los vínculos que a él le unen.

Posee el don del Espíritu Santo: las lenguas son todas fáciles para su comprensión. Pero hay algo que le infunde supremacía sobre cuantos le siguen y rodean; y es que si posee la facultad física del lenguaje, sabe juntarla a la virtud espiritual de la sugestión y el convencimiento, y con ellas sabe adueñarse de la voluntad de cuantos se le acercan y de cuantos él mismo va a buscar, haciendo de todos fieles ejecutores de sus designios.

Familiarizado con las prácticas de los que vinieron del otro lado de los mares, sabe que hay que obtener aquiescencias, casi soberanas por obra de la distancia, para iniciar cualquiera empresa. Y por eso ha ido hasta una de las ciudades que han sido fundadas tierra adentro, en solicitud del beneplácito de un hombre a quien la voluntad regia inviste de suprema autoridad. Y don Pablo Collado concede a don Francisco Fajardo la autorización para que pueda entrar en tierras de los caracas y de los toromaimas, de los teques, tarmas y mariches, y "poblar debidamente en ellas".

No podía ser el temor lo que detuviera a las parcialidades que moraban en el valle, para destruir a la nueva agrupación que llegaba a instalarse en él: eran los vínculos familiares que ligaban a quien la comandaba, con los poderosos caciques de la región. Y Guaimacuare y Guaicamacuto, los señores de las riberas del mar, guardaban las espaldas a la pequeña expedición.

Y pronto surgía, merced a la ayuda del personaje hispano, traducida en la donación de unas cuantas reses vacunas, el Hato de San Francisco, grumo primordial de las sucesivas fundaciones que habrían de erigirse en la cuenca verde del valle y al amparo del alto monte que es su orgullo y su blasón.

La lisonja hábil y oportuna encontró en seguida la ocasión de halagar al gobernador, propicio, con la fundación, en lugar adecuado de la costa, de la Villa de El Collado.

Confidencias vertidas en el seno de la confianza ingenua, pronto hicieron saber la existencia de yacimientos auríferos en la región. Pero la codicia también llegaría en breve a malograr los más sanos propósitos. Para Fajardo todo era fácil, gracias al interés y devoción de cuantos veían en él un fruto selecto de su raza fundida con la del extranjero a quien ya se miraba de reojo, menguada por su propia culpa la fe de los primeros tiempos.

Pero, esto mismo había de ser fatal para sus designios. Pronto la traición y la envidia habían de llevar ante el suspicaz gobernador, nunca enteramente confiado en el mestizo audaz y aventurero, quejas que en seguida hallarían oídos dispuestos a acogerlas.

Y tal ocurría, cuando también sus parciales indios se lanzaban a la agresión inesperada. La enemiga de Guaicaipuro descargaba sobre la flamante fundación los rayos de su destructora actividad. Y los indios irritados contra Fajardo, castigaban en la persona de la cacica, por medio del brebaje emponzoñado contra el cual no hay triaca eficaz, lo que ayer cuando eran adictos a su hijo fue para ellos motivo de orgullo y hoy consideraban como una traición: haber amado a uno de los enemigos de su raza.

Si todo fue heroísmo en la vida de estas tierras recién nacidas a la Historia ¿para qué entrar en la enumeración de hechos aislados?

Porfía Fajardo una y otra vez, y llega por fin el momento en que resuelve tornar a la isla amada que fue su cuna y a la que nunca debió abandonar. Mas, al paso, la traición le acecha.

Y a manos de Alonso Cobos rinde su ánima excelsa aquel insigne varón que tuvo la gloria de realizar la primera fundación en el Valle de los Caracas; *el hombre nacido del suelo*; el mestizo en cuyas venas fundieron sus glóbulos luminosos la sangre de los viejos soldados de la Reconquista y la de los caciques heroicos que a través de las centurias mantuvieron en alto el concepto de su Libertad y de su Grandeza.

III. — LA AVENTURA HEROICA

Ya el grumo fecundo que mañana será la ciudad está en activa germinación; ya las casas, congregadas al principio alrededor de la Plaza Mayor donde se erige el rollo que al recibir los golpes del acero blandido por el conquistador consagró la solemnidad fundamental, se han ido alineando hacia los cuatro rumbos cardinales, y ya comenzó a hacerse la imposición de nombres a los diversos sitios y parajes, perpetuando en ellos los variados accidentes que salpican la vida cotidiana; y para esta denominación se acude ora a la fabla indígena o a la hispana parla, guardando así para las generaciones del futuro el recuerdo de aquellos días iniciales. Gauire, Caroata, Anauco, Catuchucua, ponen la sonoridad de sus sílabas a tono con el rumor susurrante de los cursos de agua. Y la agrupación primaria va tomando poco a poco una regular ordenación, las casas que van a formar la ciudad en cuyo nombre juntó la sencilla piedad de sus fundadores la advocación del Apóstol doblado de caballero heroico, el patronímico del gobernador que patrocinó la empresa y el nombre de la tribu predominante en el valle donde venía a fundarse la nueva ciudad: SANTIAGO DE LEÓN DE CARACAS.

Vive el flamante poblado una sencilla actividad creadora. Las vegas que demoran a lo largo del Guaire van cubriéndose de rubias espigas que se mecen al impuso de las brisas que por el abra de Catia llegan desde la costa asoleada y rumorosa. Y es promesa de regalada opulencia la multiplicación, a la cual favorece la benignidad del clima, de los escasos ejemplares de animales domésticos que a costa de sacrificios y cuidados pudieron traerse a La Española y que de allí han sido llevados a las tierras recién descubiertas.

Son los días primigenios del poblado que formó D. Diego de Losada. El pequeño cuadrilátero que con las barrancas de Cotiza hacia el norte se encuentra aún distante del Anauco y del Guaire, se defiende de las asechanzas de los indígenas por medio de reductos celosamente custodiados y es ya asiento de autoridad y sede de futuras grandezas.

Corre el año de 1595. Y reposa en su calma apacible, sin alarmas ni temores, la aldehuela a la cual la pomposa gravedad castellana exalta con el título de ciudad para que sirva dignamente de sede a la flamante Gobernación de la Provincia de Venezuela. En trueque gozoso para lograr el cual no hubo regateos de heroico empuje, han venido los hombres de la Conquista desde las áridas tierras de Curiana hasta el valle que demora a las faldas de la mole montañosa a la cual los aborígenes llaman Guarariarepán. Y es ya una valiosa fracción de humanidad la que allí comienza a agitarse, uniendo empeños, sumando voluntades y afirmando para el dominio tan lejano cuanto poderoso del rey de las Españas, el tesoro ingente de las tierras de América.

Muéstrase el ámbito urbano encerrado dentro de las dos docenas de manzanas que formaron el plano de D. Juan de Pimentel. Como los polluelos que buscan el abrigo del ala maternal, agrupándose las casas en torno de aquella que es asiento y amparo de la república naciente. Pero, más que el instinto gregario; más que la conveniencia, variable conforme a las circunstancias del momento; más que los intereses particulares que influir pudieran en los destinos de la flamante colectividad, surge, fortalecida tal vez por el vigor de la tierra

nueva, donde ha encontrado propicio surco para ser sembrada, la noble semilla que desde los días de la antigua Roma ha venido ofreciendo opima cosecha a los hombres de la latinidad: el municipio, la reunión de los hombres del común. Un día pensaron los ricos-hombres que todos ellos juntos valían más que el soberano a quien habían elegido; mas, en los hombres de la comunidad, en la forma de libertad individual, encontrábase el germen que habría de tardar tres siglos en cuajar el fruto de la independencia colectiva. ¡El aliento de Pedro Crespo, yacente aún en el limbo ideal de los sueños de Calderón, asomaba vivaz acá en las tierras nuevas!

Ya D. Diego de Osorio llegó, y ocupándose ha estado de los asuntos de gobierno, atento a los intereses del rey y de la provincia. Por las tierras adentro se ha ido, luego de haber proveído con activa diligencia a asegurar a la naciente colectividad una salida al mar. Y es el empeño de estar lo más cercano al elemento movedizo y cambiante el que le hace trasladar a la árida región de La Guaira el asiento que hasta entonces estuvo en la vieja villa de El Collado, a la cual más tarde llamó Caraballeda. Y ya está alistándose el activo Procurador D. Simón de Bolívar para ir a poner en manos del rey las súplicas que, por mejor servirle, le dirige la incipiente colonia.

Entretanto, véase Osorio hacia las tierras de El Tocuyo, donde hay que disipar con un sahumero de autoridad efectiva el pesado ambiente de sangre que allí dejara la tragedia en la cual fueran actores principales D. Juan de Carvajal y el Licenciado Pérez de Tolosa, y en la cual fue inmolada, cual cordero de sacrificio, la figura prestante de Felipe de Hutten... Asediado por las intrigas de maleantes y envidiosos, ha ido D. Diego de Losada a refugiarse como un águila herida en las alturas de Cubiro, y todavía se muestra, inflamada de irresistible seducción, la visión de El Dorado, suerte de fantasma cruel e implacable en perseguir al cual se consumen las más poderosas energías y los más fervorosos anhelos.

Mas, no es posible olvidar en aquellos días de incesante lucha, cuando hay que estar alerta ante la asechanza del enemigo que en el propio suelo mantiénese en función de asalto, que también sobre las aguas agitadas del Mar de Colón andan enemigos aún más crueles, ya que es un afán proditorio el que les lleva — ¡sin Dios y sin rey!— a consumir el sacrificio de cuantos oponerse intentaran a sus desenfrenados apetitos. Y es que en el ámbito del mediterráneo americano abundan los ocultos surgideros, los innumerables recovecos de unas costas asombrosamente accidentadas que brindan por todas partes seguro asilo a quienes forjan planes hostiles a los pueblos aún en formación.

Frustradas por haber llegado tarde a la hora de los descubrimientos, las ambiciones territoriales de los monarcas ingleses y franceses, desahogan éstos su despecho armando en corso a cuantos aventureros proporcionan a sus designios los puertos de Plymouth y Saint-Malo. Y la patente real consagró no lo que el Código de Mar que Grocio ha formulado recientemente pautó con sobra de ingenuidad, sino lo que la complaciente tolerancia del señor de Cussy lleva desvergonzadamente a la práctica: el ofrecer amparo a cuantos en son de sangrienta piratería asolan las posesiones ultramarinas de España.

De nada valen las protestas de la Cancillería de Madrid ante los soberanos, pérfidamente evasivos. No son ya los tiempos gloriosos de D. Álvaro de Bazán, y el fracaso de la Invencible ha repercutido con fragor de trueno en todos los mares por donde antes se pasearon, cargados de fiereza y poderío, los navíos de línea del Rey Católico. Y las lejanas posesiones de América son presa inerme ante el furor de los gerifaltes que sobre ellas se lanzan en son de asalto y de despojo.

"¡El Draque!... ¡Viene el Draque!" es el clamor desesperado que resuena en el recinto de la pequeña ciudad que sólo espera salvación del esfuerzo de sus alcaldes, pues

que el gobernador anda ausente por lugares de tierras adentro. Y pese a la confianza que inspiran Garcí-González de Silva y Francisco Rebolledo, varones esforzados a quienes está atribuida la función de gobierno, desbándanse las gentes, buscando el amparo de los montes vecinos y abandonando a merced del invasor todo cuanto en su precipitada fuga no pueden llevar consigo.

Mas, no es el audaz pirata a quien más tarde Isabel Tudor, la enconada enemiga del monarca español, habría de colmar de honores, el que llega a las costas de la provincia. No es el futuro sir Francis Drake quien arriba frente a La Guaira. Es Amyas Preston, disgregado de la flota con la cual sir Walter Raleigh penetró por el Orinoco en las encantadas tierras de Guayana, el que viene hacia la ciudad. De las costas de Cumaná se ha traído un cautivo que con su conocimiento de estos parajes le hace dar por seguro el triunfo que persigue. Incitado acaso por el interés o bajo el peso del miedo, guía al invasor por el viejo camino de los indios, bordeando la Quebrada de los Guanábanos y haciendo así que puedan eludir el choque con la tropa que al mando de los alcaldes fue a su encuentro por el camino de Galipán. Y recibe Villalpando el salario de la traición cuando, al llegar a la cumbre, déjale colgado —como un fruto infeliz— de uno de los árboles del camino.

Resuenan agudamente en las laderas del cerro las trompetas orgullosas de los ingleses, que anuncian junto con el triunfo que dan por descontado los momentos penosos en que será discutido el rescate. La masa de fugitivos, ciega y precipitada, busca asilo en aquellos parajes que estén lejos del norte. Hacia el Valle de la Pascua, hacia el de San Jorge, hacia las cumbres de los Mariches, hacia los montes de Macarao va la multitud angustiada y pesarosa. Y los graves señores, las matronas austeras, las damiselas encogidas y pudorosas, los tiernos niños, los ancianos trémulos e impotentes, huyen en doliente teoría hacia un refugio que asegure sus vidas, único bien que aún les resta.

Mas, cuando todos huyen; cuando como flechas lanzadas hacia un blanco que se encontrara disperso en los rumbos del horizonte se van todos, ¿quién es ése que, armado de todas armas, lanza en ristre y embrazada la rodela, al frente de reducida tropa, marcha grave y lentamente hacia el sitio por donde el miedo de los que huyen ha intuido la llegada de los invasores? ¿Por qué, cuando todos se fugan intentando salvar siquiera la vida, va él al encuentro de los bravos filibusteros?

Es que ese hombre, venido a las tierras nuevas tras el señuelo de la aventura —y de la gloria que en aquellos días suele ir a ella aneja— ha templado en lides de heroísmo el recio metal en que forjado fuera su ánimo indomitable. Los arriesgados lances en que se fue al encuentro de los belicosos aborígenes del valle, le contaron entre sus campeones más valientes; en la sangrienta lucha contra los jirajaras realizó proezas que han formado aureola de honrosa fama a su nombre; y cuando las huestes de Losada, en marcha hacia el Valle cuya fama se había acrecido en forma tal que su conquista fuera disputada como empresa de las de mayor aliento para varones de tanto mérito, hicieron la revisión de sus efectivos en el campo de Mariara, allí fue nombrado como uno de los primeros Alonso Andrea de Ledesma.

Llevando dentro de sí el vigor prepotente de un antepasado, Alonso Andrea de Ledesma se encuentra entre los que, al lado de D. Diego de Losada echan el asiento de la nueva ciudad. Allí tendrá casa y solar que hagan perdurar el merecido prestigio que rodea a su nombre. Estará entre los primeros alcaldes y será hombre de consulta y de consejo entre los primates de la urbe recién nacida.

Las severas disciplinas de quien vive entre azares y peligros y sabe eludir con acierto la asechanza traicionera, pautan un camino único por donde de transitar ha siempre

el viejo milite. Y en su ánimo, que bien pudiera pensarse forjado de una sola pieza, predomina el imperativo pensamiento de que hay que conservar para el rey lo que en su real nombre han sabido conquistar el valor y el esfuerzo.

Por eso, cuando sus ojos acostumbrados a ver cómo se hace frente al enemigo y se le vence; cuando sus miradas se asombran al ver la desbandada miseranda de quienes sólo atienden a salvar vidas o resguardar riquezas, siente juntarse dentro de su ánimo todo el valor de los que se han ido, dejándolo como un reguero de vergüenza en su huida; todo el vigor de los que se han sentido desfallecer ante la amenaza desconocida; todo el aliento de energía de cuantos lo han perdido para que vaya a flotar, como un celaje, en el ámbito del Valle: y, requiriendo la vieja armadura, en ristre el lanzón, caballero nunca más cabal sobre el viejo corcel que lo llevara en sus andanzas, va al encuentro del enemigo, haciendo ver que no será una ficción nacida de su mente genial lo que más tarde trazará la pluma de Miguel de Cervantes Saavedra cuando relate las aventuras del Hidalgo de la Mancha; sino que el manco genial, español de pura cepa, sabía que en lo más hondo del espíritu de su raza bullían siempre, prestos al estallido heroico, a la explosión incontenible, a la acción tanto más viva cuanto más difícil, todos los impulsos, todos los ímpetus, todos los afanes que por lograr el lauro que premia al triunfador, forman la aspiración única de la gente española.

Impulso temerario el que acicatea el espíritu del anciano guerrero: irritada violencia que no mide la cuantía del peligro ni se arredra ante el número de los que hay que combatir. ¡Alonso Andrea de Ledesma marcha contra el enemigo!... Y siente cómo tras de él va, serena, decidida, una cohorte invisible formada por el cortejo de sus hazañas; y piensa por ello que no se va sólo el viejo campeón. Y la firmeza de su brazo nunca doblegada; la fortaleza de su espíritu, nunca quebrantada; el caudal de un orgullo que se acrecienta con la evocación de los triunfos pretéritos, exaltan el impulso que lo lleva al encuentro de quienes han osado pisar en son de guerra el suelo que fieles y abnegados vasallos conquistaron un día para su rey y señor.

Ya las pisadas firmes del trotón levantan ecos en la bóveda umbría que cubre el curso superior de la Quebrada de los Guanábanos. Ya la alarma que cundió entre los invasores hizo que éstos se aprestaran a combatir a los que venían a su encuentro. Pero, en breve, llegaba el asombro a sacudir con su violenta reacción el ánimo de quienes venían ansiosos de robo y matanza: lo que creyeron un ejército es apenas un puñado de hombres, y precediéndolo, señero y formidable, uno solo, radiante de fiera.

Y el desconcierto hizo presa un instante entre los que le veían salir a su encuentro altivo y ceñudo, cual si fuera el genio protector de aquellos parajes.

Mas, no era a sumirse en vacilaciones ni detenerse en titubeos a lo que había salido con heroico empuje Alonso Andrea de Ledesma. La consigna que a sí mismo se impusiera fue la de combatir a los que llegaban. Y contra ellos, lanza en ristre y al galope del cansado corcel, se precipitó violento. Con el respeto que el valor impone hasta a los corazones más endurecidos, las huestes inglesas le miran llegar. No es hazaña propicia a la jactancia de más tarde en los coloquios evocativos de guerreras andanzas, la de haber combatido contra un hombre solo. Y vacilan los soldados sajones ante la fiera acometida. Pleno de admiración ante tanto arrojo, Preston lanza un clamor que veda a sus gentes arrebatarse con ventaja la vida a quien tan valientemente la expone sin contar el número de sus contrarios... Pero, ante el empuje furioso del viejo campeón, ante su furor homicida que hiere y tunde y raja y dispersa, la soldadesca irritada desoye la superior admonición, y una ruidosa descarga de arcabuz tiende bajo el verde palio de la selva cuya entrada defender intentara,

al hombre cuya hazaña habrá de quedar en el tiempo como uno de los auténticos gestos de su tiempo y de su raza.

¡Don Quijote rendía el ánimo en su última aventura en las tierras de América, antes de la sublime trasmigración que habría de llevarla a España para que allí la hiciera conocer del mundo entero, por obra milagrosa de su genio, Miguel de Cervantes Saavedra!...

IV. — ROCOCÓ BAJO LA CRUZ DEL SUR

Florece el siglo XVIII bajo un signo alado y sutil que pone risueño encanto en los seres y en las cosas. Frivolidad y ligereza reinan por todas partes, y hombres y mujeres deshaciéndose de la morosa carga de prejuicios y fórmulas que hasta ahora han entabado sus anhelos, van en pos de ilusiones, olvidadas tan pronto como llegan a tornarse realidades. El artificio imperante transforma cuanto hasta ahora habíase afincado en las sólidas bases de la tradición; y bien podría ser una muestra del espíritu de la época la preferencia que sobre la flor que ostenta sus vividos colores y exhala desde el fondo mismo de su corola un enervante aroma alcanza la que, labrada en tenue porcelana, remeda la perfección natural y lleva en recóndito artilugio el complicado producto de laboratorio que imita caprichosamente lo que Natura supo crear con única e insuperable maestría.

Las gentes cortesanas huyen de las pesadas pompas y de las aburridas ceremonias, y con pasajero capricho van hacia la sencillez campesina; y en el tibio ambiente de los salones y sobre la muelle suavidad de las alfombras marcan los rojos tacones las toscas pisadas de las "bourrées", que por imperativos de efímera moda reemplazan los giros elegantes de las pавanas y de los minuetos.

Una guerra extraña que ha estallado más allá de los mares y en la cual no se lucha por fanatismo religioso ni se persigue un turbio interés dinástico, enciende los espíritus, apasiona los ánimos e inflama de entusiasmo a quienes hasta ahora sólo han combatido por la gloria de su rey, marchando en pos del encendido oriflama y a la sombra de la bandera blanca sembrada de flores de lis.

Es una rara contienda esa que está realizándose en unas tierras que, a la distancia, aparecen nimbadas por el prestigio que les presta la fantasía de cuantos las han visitado y han traído en las pupilas deslumbradas la visión de ríos que riegan extensiones ilimitadas; de selvas en cuyo seno parece hacerse de noche en la mitad del día y en las que hay flores que parecen animalías monstruosas y aves que semejan flores que gozaran del don del vuelo ingravido y veloz; tierras en cuya defensa rindieron el ánimo pueblos enteros que las dieron por suyas —ya que en ellas nacieron y amaron y sufrieron— hasta el día en que, guarecidos bajo las alas gigantescas de los pájaros blancos que andan sobre el mar, llegaron otros hombres que venían de las regiones en donde nace el sol.

Hubo entre esos hombres que llegaron a las regiones del Norte unos que venían huyendo de las hogueras que encendió el fanatismo religioso; otros, que se alejaban con asco de los arroyos de sangre derramada por obra proditoria de odios y rencillas políticos. Y en las tierras vírgenes crearon hogares nuevos y allí trabajaron y lucharon hasta que llegó un día en que se sintieron capaces de gobernarse por sí mismos en el suelo que fecundó su esfuerzo. Así lo pensaban hoy sus hijos, aspirando a una vida mejor bajo el amparo de una nueva deidad que, nacida de la mente misma del hombre de aquel momento —tal como surgiera Atenea, armada y formidable de la sagrada testa del padre de los dioses— forjada

en penas y servidumbre, ínsita y pura en su divina esencia, llegaba por propio derecho a tomar su sitio en la nueva teogonía: la diosa Libertad.

Juventud sedienta de aventuras, saciada de placeres, hastiada de refinamientos cortesanos, es la que, obedeciendo a un gesto de la mano vacilante que en breve habría de dejar escapar el cetro, vuela como una bandada de azores a posarse sobre las tierras del Norte de América. Fresco está aún el recuerdo de las hazañas de Montcalm y de Vaudreil, y es un extraño capricho del acaso el que hace que hoy marchen hombro con hombro los que ayer anduvieron en campos enemigos. Y llegará a revestir los caracteres de una indisputable realidad la más extraña de las paradojas: reyes de derecho divino que envían a los súbditos de su poder absoluto a combatir por la libertad de un pueblo que no reconoce otra autoridad que la que le confiere su propio albedrío. Y las cabezas empolvadas rinden cortesanías reverencias ante las ruborosas puritanas y las sencillas cuáqueras de la Nueva Inglaterra.

Cumplido el regio mandato, llegada la hora jubilosa del retorno, la euforia del triunfo se exalta en cordialidad por la compañía de hermanos de armas con quienes se ha ido al asalto y bajo el fuego: fraternidad imperecedera que crea el peligro cuando se le arrostra en acción conjunta y heroica.

Y surge en las cabezas inflamadas de ensueños el anhelo de correr nuevas aventuras, esta vez pacíficas y risueñas, en las tierras que se adormilan bajo el beso urente del sol, que por amarlas tanto no se aleja de ellas, así remonte hacia las regiones del Bóreas o descienda hasta aquellas en donde sopla el Austro. Y cual si la Fortuna, propicia a los audaces, hubiera querido derramar sus dones sobre la juvenil mesnada, he aquí que razones tácticas imponen la marcha hacia los parajes que anhelaban visitar.

Es así como un día de marzo de 1783, la apacible bahía de Puerto Cabello ve anclar en sus aguas la armada del rey de Francia. Mas, no como otras veces provocando alarmas y haciendo que se llame para la defensa a los leales vasallos del monarca hispano, sino cual cordiales aliados que usan de puertos y de radas con pleno derecho de amistad.

Los jóvenes guerreros se dan a soñar frente a la Costa Firme, deslumbrados por la vegetación esplendorosa, por el cielo diáfano, por todo cuanto allá en la patria lejana se goza apenas brevemente. Y tarde se les hace, cuando llega al fin la ansiada autorización, el saltar a tierra y ponerse seguidamente en marcha hacia la capital de la provincia, franqueada en gesto hidalgo y acogedor.

¿Cuáles serían los pensamientos de Felipe de Segur, del Caballero de Champcenetz, de Teodoro, Carlos y Alejandro de Lameth, de Mateo Dumas, de aquel risueño y heroico Antonio de Linch, crecidos bajo los artesonados de Versalles, pisando alfombras y contemplando la rígida regularidad de los jardines trazados por le Nôtre, al penetrar en la misteriosa penumbra formada por los árboles gigantescos cuyas copas entrelazadas en lo alto creaban en su seno un silencio solemne cual el de las naves catedralicias; al pisar el muelle y fresco tapiz de los campos, cuajados de florecillas multicolores; al oír el trino concertado de los pájaros innumerables y sentir la embriaguez provocada por los tibios aromas que desde el seno de la tupida arboleda llegaban a traerles el mensaje inebriante de la soberbia fronda equinoccial?

La desbordada fantasía de los viajeros forja peligros en donde en realidad reina una seguridad por ellos ignorada. Oyen rugidos de fieras selváticas; perciben rumores misteriosos en los que creen recibir mensajes que les envían deidades indianas ocultas entre la bóveda umbrosa, y sienten cómo va poco a poco llenando sus pupilas el sereno esplendor

de un cielo diáfano que les brinda el placer de consustanciarse —para no olvidarlo nunca más— con el dulce encanto de aquellos parajes.

Pasa la alegre caravana, cruzando la rútila esmeralda de los Valles de Aragua. Los pueblos que atraviesan apenas merecen su atención, conquistada por la hermosura del paisaje. Y marchan hacia la capital, a la cual apenas pueden figurarse como un poco mayor que los lugares donde les ha tocado pernoctar.

Oyen la confidencia que vierte en sus oídos —en aquellos momentos muy poco proclives al derecho divino— el Teniente de Justicia de Maracay. El funcionario español, avizor y sagaz, ha podido apreciar la fermentación poderosa que agita los espíritus, hambrientos de justicia y sedientos de sana comprensión. Y expresa su triste convencimiento de que están ya contados los días que le quedan al dominio hispano en América. Y en términos parecidos se expresa su colega de La Victoria, a cuya confianza estimula la cordialidad de los jóvenes franceses.

(Y esto se piensa y aun se dice cuando faltan pocos meses para que, en esa misma ciudad a donde lleva a esos jóvenes aristócratas que han luchado por la libertad de un pueblo de América un simple afán de diversión, llegue el momento en que vea la luz el varón egregio a quien tocará realizar por obra milagrosa de su genio, la empresa sobrehumana que hoy apenas se atreven a prever los súbditos del rey de España.)

Comienza por fin el ascenso a las tierras altas, y una extensa cordillera va ofreciendo sus múltiples aspectos a los maravillados ojos que la contemplan. La serranía derrocha el tesoro de sus cromatismos, perdiéndose en la remota lejanía. Y tras breves jornadas de marcha, al trasmontar una cumbre, penetran en el Valle el cual parece guardar, como un león simbólico, Ávila.

"¡Es el propio Paraíso, donde el ángel que lo guarda nos ha permitido entrar!", exclaman los viajeros. Y se detienen, silenciosos y emocionados, ante el seductor espectáculo que les ofrece la ciudad rumorosa, tan distinta de cuanto habían visto hasta ahora y de lo que esperaban encontrar.

Encerrada en el marco vivo de sus montañas; adornada con el collar de vividos colores que le forman sus huertas y jardines, Caracas se tiende en aquella parte del valle a la cual riegan los ríos rumorosos que bajan de las cumbres. Anauco, Catuche, Caroata, cruzan el cuerpo mismo del poblado; y allá, en el sur, cierra el límite el Guaire, cuyas aguas abundantes hacen fácil la navegación a los barcos que traen a la ciudad los productos agrícolas de la fértil región de San Pedro y Macarao.

Templa la gracia que parece estar en el aire, en la luz, en cuanto vive, la ceremoniosa gravedad que caracteriza a la española gente. Y la alegre cohorte cae en seguida prisionera del afecto de los hidalgos caraqueños y de la seducción y encanto de las damas que son gala de la sociedad colonial.

Toca a don Manuel González Torres de Navarra, Gobernador y Capitán General de la Provincia, el amable deber de festejar a los visitantes. Y sabe el noble señor hacer derroche de fina cortesía, como para que se haga impecadero en el ánimo de los gentiles huéspedes el recuerdo de su breve estancia en Caracas.

Secúndanle en tal empeño damas y caballeros de la nobleza criolla. Ábrense los salones para ofrecer a los sorprendidos ojos de los viajeros la suntuosidad y magnificencia de sus paramentos, hábil combinación del esplendor de las modas europeas con la gracia risueña de las regiones amadas del sol; brindan los jardines de Anauco y de Gamboa la señorial prestancia de sus arriates y laberintos, cuajados de galanas flores. Y cual si no fuera bastante la alegría que es don natural en cuantos viven en donde reina eterna

primavera, viene a intensificar el ambiente de fiesta que reina en la ciudad la llegada de los días del Carnaval, propicios a los mejores esparcimientos y que prenden fugaces ensueños en las almas.

Tramontando la cordillera, han llegado de La Guaira otros huéspedes: son el conde de Deux-Ponts, de estirpe soberana, y el duque de Laval, de la más empinada nobleza gala. Y si ha aumentado el número de los visitantes, también se intensifica el empeño, en quienes les agasajan, de hacer que las impresiones que acopien sean imperecederas por plenas de agrado y complacencia. (Testimonio de cómo fue logrado tal propósito habrá de encontrarse en el recuerdo que, cincuenta años después, pondrá emocionados acentos en la evocación que de estos días harán Felipe de Segur y Teodoro de Lameth.)

La nobleza criolla luce sus mejores galas para festejar a los gentileshombres que vienen de Versalles. Cintas y lazos, barras y herretes diamantinos, esmeraldas de Bucaramanga, balajes que fingen gotas sangrientas caídas sobre las sedas crujientes, resplandecen sobre las formas gráciles que se curvan en graciosas reverencias al danzar los minuetos que ejecutan diestramente los mejores discípulos del Padre Sojo. Y las más finas perlas de La Margarita se entretejen en los cabellos empolvados, brindando a los deslumbrados visitantes una mágica evocación de fiestas palatinas que tan familiares son para ellos... (¡Si casi les parece, cuando han visto a Belén Aristeiguieta, que ha pasado ante sus ojos, con su lánguida belleza morena, la condesa Julia de Polignac!...)

La ciudad está alegre y rumorosa, pues para su fácil olvido son apenas ligeras nubecillas los recuerdos de las severidades de un Fray Mauro de Tovar o de las austeras disciplinas de un D. Diego Díaz Madroño, quienes, en sus días, intentaran refrenar la traviesa vitalidad de la ciudad moza. Y como hasta ella, cruzando los mares, tramontando las cumbres y alcanzando el valle feraz que se embriaga de luz y de aromas, ha llegado la onda de leve y frágil espiritualidad que es símbolo de la época, ofrece a sus asombrados visitantes el halago de una acogida que jamás soñaran encontrar en una lejana y casi desconocida provincia de los dominios del rey de España.

Vergel florido, taza de plata limpia y pulida, pomo de aromas, rincón edénico, la llaman como en pagana letanía los embelesados viajeros. Y serán la belleza de sus mujeres, la cordialidad de sus hidalgos moradores, el risueño discurrir de los días que se fugan veloces abreviando las horas felices, una suerte de tósigo sutil para quienes a absorberlo anduvieron descuidadamente expuestos, y el cual, infiltrándose en sus venas habrá de mantenerse en ellas y hará que, cuando los años pasen, cuando llegue el momento en que el recuerdo de los días juveniles entre como un rayo de sol a iluminar los lugares más recónditos del alma, venga la evocación del tibio encanto de la luz tropical a despertar una dulce añoranza, bajo los cielos pardos y nebulosos de la vieja Europa.

¡Viejas mansiones señoriales, donde se conjugaron el lujo y la opulencia con la gracia indolente de las tierras que demoran entre los trópicos; casonas campestres, rodeadas de jardines donde soñaban los cipreses y los sauces mirándose en el espejo de los estanques; bosques de Anauco, de Gamboa, de Cotiza, Sans-Souci, Bello Monte y Blandín, hasta vosotros fue la alegre caravana, pasando de uno a otro como una bandada de mariposas embriagadas de luz que vuelan de flor en flor! ¡Cómo es hoy menos que una sombra fugaz vuestro recuerdo, pues que las mansiones placenteras que eran como piedras preciosas engastadas en el marco de vuestro fresco verdor, hundidas se vieron en los abismos del no ser!...

Trueque galante de dulces impresiones debió de hacer propicio el cotidiano encuentro de las damas gentilísimas y de los caballeros, rendidos ante su seducción y

encanto. Romance efímero que acaso revelara su existencia en un suspiro al unísono o en el leve temblor de los dedos que se rozaban en el fugaz encuentro de la pavana o del minué.

¡Y cuando llega el momento de la partida; cuando el deber impone el regreso, pues ha de irse a rendir cuenta de cuanto el valor supo realizar, si ellos llevan consigo un recuerdo imperecedero de la ciudad edénica donde —según su propia expresión— un permiso angélico les dejó penetrar, también, con su airosa gentileza, con su cortesía exquisita, dejaron en estas tierras solares un reflejo de los esplendores de Versalles, de los días de Trianón, de aquellos en que "los alcázares llenó de fragancia la regia y pomposa rosa Pompadour"!

¡Suspiros que partieran desde la cubierta de un navío de línea de Su Majestad Cristianísima, vinieron acaso a encontrarse con otros que, remontando por sobre el viejo Ávila, iban a su encuentro en medio a la diafanidad del cielo atlántico; y, fundidos en una sola llama, fueron a hundirse como "una estrella errante en la copa azul del mar"!

¡Es la traza que los rojos tacones, las pelucas empolvadas, los lunares, y las cintas y galas de color de rosa —todo cuanto simboliza y resume el "rococó"— deja tras de su paso, breve y fugaz, por un lugar que demora bajo la Cruz del Sur!

V. — LA CIUDAD MÁRTIR

Aterroriza y acongoja los días postrimeros del siglo XVIII venezolano, el martirio de José María España. La triste semilla de injusticia que los prisioneros del poder español habían venido sembrando en el transcurso de tres siglos desde California hasta el Cabo de Hornos, rendía al fin sangrienta cosecha en diversos lugares del Continente. Y tocaba ahora a la provincia de Caracas, por obra de la obstinada crueldad de Guevara y Vasconcelos — quien burlara la recomendación de clemencia que hiciera el débil Carlos IV— la cruenta contribución.

Hierven las Antillas de agentes que laboran sin cansarse en minar la lealtad de los súbditos españoles de la Costa Firme. Aliados falaces, las autoridades de Guadalupe y Martinica fomentan conspiraciones en Curazao; y en Trinidad, el gobernador Picton realiza un doble juego de perfidias, del cual viene a ser víctima propiciatoria D. Manuel Gual.

Pero la terrible tragedia de la cual fue escenario la Plaza Mayor de Caracas persiste aún en el recuerdo de cuantos fueron de ella espectadores medrosos e impotentes. Y si un anhelo de libertad germina en los espíritus, ahoga el brote en flor la dureza del suelo, y es apenas un sueño irrealizable la esperanza del fruto.

Alborea la decimonona centuria cuando aparece, para ver desdeñado su esforzado empeño, por las costas de Coro, aquel criollo inquieto que viene siendo con sus andanzas por extranjeros países, causa de constante inquietud y desasosiego para las autoridades españolas. Amparado bajo nombres de préstamo ha sabido eludir, en los viajes que impulsado por un insaciable afán de conocimientos realiza por Europa, las persecuciones que las obligaciones del Pacto de Familia logran en su contra en la Francia aún monárquica y en algunas regiones italianas. Pero los demás países europeos —aun aquellos que son dominios de infieles— han sido campo abierto a su avidez de emociones y a su anhelo de conocimientos; y es en Inglaterra el comensal de la más empinada nobleza británica y el amigo benévolamente acogido de William Pitt. Campeón de la Libertad, se siente atraído por el vertiginoso remolino que echa abajo al trono secular de San Luis; y con un trazo fulgurante de su espada graba su nombre entre los de los generales de la Revolución y es la piedra inquebrantable que vuelca con su dura firmeza el carro claudicante de las

ambiciones de Dumouriez. Mas, no son las intrigas del Directorio ni las ambiciones que más tarde irán a personificarse en el corso genial las que pueden atraerlo. Vigente está su compromiso con la América, con el continente extenso donde está el suelo que lo vio nacer. Su ambición se remonta a alturas que los hombres de la época no son todos capaces de alcanzar. Sus ideas le impulsan mucho más allá de lo que sus medios le ofrecen. Digno hijo de su siglo, un poco filósofo y un tanto galán, es un aventurero genial que poseyendo por innato imperativo el rígido concepto del honor —del cual carece su coetáneo Casanova—, es más afortunado que éste pues que a los triunfos amorosos suma los éxitos sociales, logra pisar los salones palaciegos que para aquel estuvieron cerrados, y lleva por todas partes, hasta para ser tratado con interlocutores regios, el tema encendido de entusiasmo y de fe que postula la libertad de la América Española.

De su frustrada tentativa en las costas de Tierra Firme queda sin embargo una prenda de fe y de esperanza que hará a su nombre inolvidable en los fastos de la patria que está por nacer: la combinación esotérica de oro, cielo y sangre, elementos misteriosos en cuya esencia alientan la fuerza, el poder y el sacrificio y que son el símbolo de cuanto habrá de aportarse para formar la nacionalidad.

Sacude al Continente Americano el derrumbamiento del trono secular de Carlos V. El descendiente degenerado de Austrias y Borbones ve ponerse en las landas de Bayona al orgulloso sol que un día no tuvo ocaso. Y sólo salva a la tradición de la española fiereza, cuyas muestras perduran por todo el orbe, el arranque soberbio con que su pueblo, renovando la hazaña de David, esforzado e inerme, se enfrenta al formidable Goliath que amedrenta a toda Europa.

Quebranta la acendrada adhesión que hacia la monarquía existe aún en América, la singularidad del momento histórico; un rey prisionero provoca muy poco entusiasmo en súbditos cuya fidelidad viene sufriendo paulatino decaimiento. Y, acaso las circunstancias, que van tornándose cada vez más extrañas, sólo sirvan para que vaya arraigándose en los espíritus, proclives a la mudanza, el propósito de aprovechar una ocasión que quizá no volverá a presentarse.

El gesto audaz de Francisco Salías contiene todo lo que los hombres de una América nueva, forjada en el forzado silencio de una conspiración sobresaltada y temerosa, han encontrado por fin para oponerle a la soberbia de un régimen caduco y vacilante. Y cuando el señor de Emparan vuelve las espaldas al asilo que la Iglesia, la siempre fiel aliada del trono, le ofrece con sus puertas abiertas en aquella clara mañana de abril de 1810, inicia lo que momentos después confirmaría al arrojar su bastón de mando sobre el rojo tapiz de la mesa del Cabildo: el reconocimiento de que la América había dado ya una generación capaz de pensar libremente y de obrar por sí misma, emancipada de toda extraña tutela.

Y Caracas entera está de pie en aquel día y en los que están por venir. Festeja con cánticos ingenuos la alborada de libertad que parece que dora los cerros, que corre por huertos y jardines y cristaliza en diminutas gotas sobre las tupidas arboledas. Prevé que un día será su nombre señalado como alentador ejemplo a los demás pueblos, cuando de empresas de heroísmo y libertad se trate. Y cuando llega el magnífico julio de la Independencia, se siente en cálido ambiente de entusiasmo y de fe en los destinos de la Patria recién nacida.

Ve llegar a Miranda, ilusionado. El general girondino se llena de entusiasmo al encontrar redivivas, en su amada tierra tropical, las horas febriles de los Jacobinos y de los Franciscanos. En el recinto de la Sociedad Patriótica resucita Muñoz Tébar la elocuencia de Vergniaud, y evocan los clamores de Coto Paúl los acentos rugientes de Danton.

Pero, de las regiones de Occidente llegan rumores siniestros. Usurpando facultades que investían a funcionarios débiles, un hombre mendaz y autoritario viene en son de guerra contra la República recientemente constituida. Y las divisiones, las discordias intestinas, inexcusables frente al peligro, menguan las fuerzas que, cual las de Hércules en la cuna, hubieran podido sofocar a tiempo al monstruo amenazador.

La odiosa querrela de las vanidades mantuanas vuelve a envenenar las relaciones entre hombres que deberían estar unidos; prejuicios y prevenciones, viejos ya de medio siglo, se agitan para entrabar impulsos generosos, y comienza a asomar su masa policéfala la hidra de las discordias, que llegará a inficionar hasta la médula el cuerpo sagrado de la República.

Triste y lamentable es, sin duda, que el toque de sensibilidad que había venido a sustituir con éxito a la crueldad elegante del Renacimiento, llegara —agudizada acaso por elementos emanados de la suavidad misma del ambiente tropical—, a ser pauta que seguirán con fanatismo fatal a sus propósitos los prohombres de aquellos días. Acaso fuera porque brotaban tales ideas en el ánimo de quienes, saturados de humanitarismo pero ignorantes de lo que la experiencia política enseña, no supieron oponer la necesaria firmeza a los amagos del fracaso. Y la severidad que esporádicamente llega a desplegarse, es sólo indicio de pasajeras cóleras que un indefinible recelo, una desconfianza en los días por venir, tiende en seguida a apaciguar. Será necesario que la fría crueldad y la barbarie sistematizada que a porfía prodigan los seides de la realeza hieran y desgarran fibras íntimas hasta ahora no alcanzadas, para que pasadas violentamente al extremo opuesto prenda con profusión de yerba mala en las almas la cruel semilla de la Guerra a Muerte.

Luego, se precipitan los sucesos... Adelantándose a los días, las horas se llenan de congoja y de angustia.

Es la tremenda sacudida que así como convierte la ciudad en escombros también arruina los castillos de ilusión que había en las almas. Y postrada ante los altares, medrosa pero no arrepentida, Caracas se ofrece en holocausto a la Divina Cólera que sobre ella descarga —como se lo hacen entender los voceros del fanatismo—, pero espera siempre en que no han de ser vanos sus sacrificios.

"Herida en el corazón", según la frase mirandina; abandonada a su suerte, la colonia rebelde se ve asediada por la negra jauría de los odios y de los re-sentimientos. Es un tósigo que debilita sus fuerzas la discordia que reina entre aquellos que debieran unirse en un supremo esfuerzo para enfrentarse a las hordas del Mal. Y surge la traición en Puerto Cabello, y aparece el desvío en la Nueva Valencia —¡más que nunca del Rey!—; y quien fue un día vencedor al frente de los ejércitos inflamados de entusiasmo de los *sansculottes*; quien supo combatir, acariciado por auras de triunfo, a los viejos generales del gran Federico; el viejo soldado de Valmy y de Jemmappes, ve derrumbadas sus esperanzas, arruinados sus proyectos y pérdidas para siempre las ilusiones que creyó ya realizadas el día en que, después de treinta años de ausencia, se vio otra vez frente a los cerros de La Guaira.

Y comienza el martirio de la ciudad que con penas y dolores ha de pagar sus ensueños de vida libre y soberana. Torvo y falaz, Domingo de Monteverde al violar la capitulación de San Mateo revela sin rebozo sus intenciones proditorias. Arquetipo cuya turquesa —por triste destino— ha de servir para reproducirse innúmeras veces en lo porvenir, Casa León funge de intermediario, realizando siniestra obra de perfidia. Muerde la calumnia como áspid traicionero el calcañar del anciano Precursor, y las cárceles

españolas que estuvieron treinta años con sus fauces abiertas esperándole, van por fin a arrancarle en jirones los escasos días que aún le restan por vivir.

Los siniestros canes del terror aúllan persiguiendo indefensa presa por el ámbito de la ciudad amedrentada. Arrebatados al seno de sus hogares, bajo el doble peso de la amenaza y del vejamen, hacíanse en los calabozos los patricios venerables. El rencor, el despecho y la envidia husmean en los rastros de un reciente pasado, los cargos con que han de abrumar a las víctimas ya señaladas. La delación es una forma de consigna y el rigor es credencial de lealtad. Y Sanz, Roscio, Isnardi, Espejo y cien más pagan por sí propios y por los que, más venturosos, lograron escapar, la culpa espléndida de haber soñado en ser libres hijos de una Patria creada por su esfuerzo.

Nada queda de lo que fue. Y Monteverde puede llegar a creer que ha extinguido para siempre toda aspiración de libertad, todo anhelo de independencia, en la sojuzgada colonia.

Mas ¿qué rumor de alas, poderoso y creciente, es ese que llega desde las altas cumbres que están al occidente, como si en la remota lejanía se hubiera alzado un vuelo de cóndores turbulento y arrollador? ¿Qué hay de cierto en las noticias que desde Maracaibo llegan y que hablan de desastres fronterizos en los cuales queda comprometida la eficiencia militar del brigadier Correa? ¿Habrán que creer que son tropas que vienen del Nuevo Reino y que traen, como afirma la vacilante esperanza de los leales a Fernando, la ayuda que Baraya llega a aportar para que acaben definitivamente las veleidades de independencia que hayan podido sobrevivir a los rigores de Monteverde y sus secuaces? ¿Son acaso locos sueños de los que en cárceles y escondrijos aún esperan, esos que hablan de que las tropas del rey han retrocedido en la frontera y de que en la ciudad de Trujillo ha sido lanzado el más soberbio y desesperado reto que en vez alguna hayan sufrido las leyes inmanentes que rigen a la colectividad humana...? Pero, ya a Barquisimeto están llegando, mensajeros de desastre, los fugitivos de Niquitao y Los Horcones, y cuando una fiera manada de hipántropos destroza las tropas de Izquierdo en Taguanes, al terror de Monteverde sólo parece que brindarían seguridad los recios muros de Puerto Cabello; y es el viejo castillo la última estación del despreciable tiranuelo antes de hundirse en un destino ignorado que no basta a salvarlo de la ignominia.

Reguero fulgurante ha ido dejando por sobre el dorso de la cordillera el paso de esa cohorte arcangélica que va en pos del sublime iluminado que está viendo tornarse en realidad lo que soñó tantas veces: ora, frente a las ruinas del Aventino; ora, acodado frente a la conjunción de montaña y llanura que se contempla desde lo alto de la Casa del Ingenio en San Mateo, o cuando, proscrito, quedábase a solas consigo mismo en el albergue que brindó a su situación desvalida, en el árido peñón curazoleño, la noble amistad de Mardoqueo Ricardo. La hazaña que años después habría de asombrar a Europa, al ver retornar al águila imperial "volando de campanario en campanario", la veía anticiparse ahora la América estremecida de entusiasmo. Y si allá fue la ambición incontenible la que realizó la desorbitada hazaña, en Venezuela era la Libertad, desmelenada y magnífica, la que atravesaba los riscos andinos para despertar de su sueño de siglos a las cinco águilas blancas de la leyenda y dar fe con su presencia, a los pueblos, de que aún estaba viva y de que había escogido por campeón al esforzado caballero a quien traía de triunfo en triunfo hasta su nativa Caracas.

Y las viejas naves del templo de San Francisco presenciaron el momento solemne en que la gratitud de un pueblo consagraba —por vez primera y única en los fastos de la humanidad— a un varón excelso con el título eterno de LIBERTADOR.

Pero, todavía no era llegada en la clepsidra de la eternidad la hora augural del triunfo, que vendría a premiar el denodado esfuerzo. Quedaban aún terribles momentos de prueba, y un signo infausto pareció marcar con siniestra impronta al alma misma de la ciudad, cuyo martirio iba a recomenzar.

Aliento de desastre sopla cual ábrego siniestro, llenando de pavor los ánimos y haciendo que periclite en ellos la fe que las recientes victorias habían hecho renacer.

Por sobre la llanura extensa, arrollando cuanto encuentra a su paso, llega la avenida formidable. El clamor de las víctimas, el resplandor del incendio, los aullidos gozosos de los verdugos señalan el paso de la horda depredadora y feroz. Adormecidos en un reposo de siglos, ignorantes de los horrores de la guerra, felices en su condición de vasallos cuya tranquilidad no se ve perturbada, los pueblos de América habían visto pasar generaciones tras generaciones, sin sentirse agitados por aspiraciones que a ninguno interesaba realizar. Pero, todo esto va hoy en vías de desaparecer: la rebeldía, llegada al fin, provocó la sangrienta represalia; y comenzaron los hombres que hasta ayer desconocieran la violencia, a sufrir en carne propia todo cuanto habían creído hasta ahora una simple conseja, oída de labios de los abuelos cuando evocaban la cruenta gesta de la Conquista.

De los llanos viene la ola devastadora, irresistible. De nada valen los esfuerzos que por contenerla hacen cuantos miden su magnitud de cataclismo. "¡Es la cólera del cielo que fulmina rayos contra la Patria!", exclama el mismo Libertador, desconcertado ante el hado fatal que sin sentirse aplacado por el holocausto de Ricaurte en San Mateo ni con la hecatombe de La Puerta, pone en manos de esa fuerza desatada de la Naturaleza que es el feroz caudillo asturiano, los destinos vacilantes de la República.

Y llega el momento fatal en que culmina el sacrificio de la ciudad martirizada: cuando, presa del pánico que provoca la sola enunciación del peligro, se lanza en pos del ejército en retirada, la teoría doliente de la emigración. Confundidos en la turba innumerable se ve a cuantos confían a la aleatoria probabilidad de la fuga la esperanza de salvar la vida, ya que todo lo demás se abandona: la ciudad ve alejarse para siempre de su seno a muchos de sus hijos más eminentes, a muchas de sus mujeres más hermosas; y, pérdida de la cual no habrá de reponerse cuando sean llegados los días aún remotos en que acabe la feral contienda, la casi total dispersión de aquel grupo selecto que fuera gala y ornato de la ciudad en los días aún no lejanos de la vida colonial. Errantes por el interior del país, fugitivos en las antillas holandesas, británicas y danesas, contados son los que regresarán cuando resuenen, como nuncio de victoria, los clarines triunfales de Carabobo.

Pero, entretanto que llega ese día de alivio y de paz, cómo toca saborear a los que huyen los amargos acíbares de todos los sufrimientos. Dolorosos viacrucis al recorrer el cual no quedará a quienes le siguen pena que les falte por conocer; las selvas de Capaya, las playas de Barlovento, la costa ardiente que se prolonga por Machurucuto hasta ir a rematar en las áridas salinas de Píritu, quedan sembradas de tristes despojos... Y, cruel acicate que exagera el sufrimiento, al clamor espantable de los perseguidores se junta el aullido de las fieras menos crueles que aquellos, que, ven cómo en los rezagados, en cuantos sintieron flaquear sus fuerzas o quebrantarse sus energías, habrán de encontrar donde saciar su cruda voracidad.

¿No tenía que ser una prueba como ésta, la que pudiera crear, en el fondo de un alma que la sintiera con toda su brutal intensidad, la fuerza que pudiera enderezarla por un solo rumbo, sin que fueran bastantes a desviarla ninguna otra de las adversidades que salen al paso del hombre sobre la haz de la tierra? ¿De sufrimientos como los que debió experimentar el caudillo que marchaba a la cabeza de la muchedumbre acosada e infeliz,

tenía que surgir, cuando llegara un momento que le recordara éstos que hoy vivía, la fulgurante afirmación de Pativilca!

Entretanto, atrás había quedado la ciudad doliente... Y mientras Boves seguía en pos de la caravana del desastre, arrastrado al encuentro del destino que le acechaba en Úrica, Nepomuceno Quero y Chepito González, cabeza y brazo siniestros compenetrados cual si formaran un monstruo indescriptible, hacían de las arboledas de Cotiza el teatro de sus horripilantes crímenes.

Más tarde llegará el Pacificador. Y la ciudad sentirá el peso de la garra que hiere y destroza su cuerpo miserando. Y cuando al ausentarse encomienda la ciudad a la ávida rapacidad de Salvador de Moxó, volverá para ella el trance de sufrir en carne viva el tormento cuya intensidad le hace pensar sino habrá de tener fin.

Llega por fin el día esplendoroso de Carabobo. Y la ciudad, liberada para siempre, ve llegar, triunfante y glorioso, al doliente peregrino de 1814. Chispas fulgurantes arrancan a los viejos empedrados de sus calles los cascacos del corcel de guerra que tramontó ya una vez los Andes y que se apresta a trazar en ellos la ruta del triunfo. Y tras de él vienen, embriagados con el recio vino de la victoria, los mismos llaneros que un día fueran objeto de terror. Pero, hoy no son ya mensajeros de desastre: porque entre las tiras de oro y sangre que ornaban otrora el tope de sus lanzas, han intercalado ahora, en nombre y como símbolo de la Patria que han concurrido a fundar, un leve jirón de cielo constelado de estrellas.

¿Qué resta de la ciudad sonriente y acogedora que existía cuando apenas habían transcurrido los diez primeros años de esta centuria? La terrífica tempestad de hierro, fuego y sangre que sobre ella descargó su furia, diezmó a sus pobladores, secó las fuentes de su vida y sólo ha dejado a su paso ruina y desolación. Acaso los bienes de la paz que ha llegado, puedan brindarle aliento para reponer sus quebrantos.

Desconfiados al principio, un poco más seguros a medida que los días van pasando, se ve tornar a muchos de los que, al ausentarse de la ciudad nativa, abandonando cuanto constituía su bien, creyeron que lo hacían para siempre. Pero ¡cuán distinto lo que encuentran! ¡Cuán poco resta de lo que fue su justificado orgullo, la fuente de su cabal satisfacción...!

Con la triste desolación de un resucitado ve el patricio que regresa la ruina total de cuanto de hoy en lo adelante formará sólo el tesoro de sus recuerdos. Ya no existe nada de lo que un día fue... Y síntesis perfecta, de esas en que tan fecundo fue su genio —y que expresa la añoranza de lo que irremediablemente se ha perdido— es la frase que, años más tarde, cuando viene a hacer el último esfuerzo por salvar a Colombia, la hija unigénita de su genio, dirige al Marqués del Toro, antes de tomar el camino por donde se ausentaría para siempre de la ciudad amada: "En Caracas solamente dos cosas no han cambiado: ¡el Ávila y tú!" Fuese un día arrebatado por la muerte, que cobra a plazo fatal, el viejo prócer; pero quedó, siempre erguido, siempre fiel a su misterioso destino de guardián de una vida de siglos, el monte que el indígena llamó la Sierra Grande, y que es para nosotros el viejo y amado Ávila, blasón espléndido de la ciudad que se rebuja a sus plantas.

VI. — VIOLETAS EN EL TRÓPICO

Ya la aventura iniciada en el puerto de Curamichate alcanzó su culminación en aquel 27 de abril en que presencié Caracas la lucha cruenta y enconada que desarrollándose en sus propias calles hizo conocer a la ciudad los horrores de la guerra.

Superados los últimos baluartes, destrozadas las tropas que con desesperado empeño fueron retirándose hacia el norte de la ciudad, cediendo el campo al enemigo que por la calle del Comercio, por la que va hacia El Calvario, por las Cañadas, aparecía violentamente arrollador, llegaba por fin el momento en que Antonio Guzmán Blanco, el hombre audaz que recogiera la herencia de Falcón y de Zamora, rodeado de soldados en plena embriaguez de triunfo, lograba ver realizado lo que acaso pareciera un ensueño imposible y para lanzarse a la conquista de lo cual fue tal vez punzante acicate la frase desdeñosa con que, al frustrarle lo que formó la romántica ilusión de sus veinte años, se acreditó de mal profeta el severo general José Tadeo Monagas: "¡Ese joven no tiene porvenir!".

Eran, cuando así se había expresado el austero prócer, los días en que el adolescente había visto su hogar sumido en consternación con el padre preso y reo de muerte y con la madre desolada, implorante de gracia; cuando en los claustros de la Universidad, que más tarde le tocaría a él engrandecer e impulsar, cursaba estudios que habrían de servirle más adelante para ser un hombre de leyes; cuando, petimetre que por derecho de vientre tenía sitio indisputable en la nobleza criolla, habría sin embargo de devorar desdenes provocados por la evocación del abuelo español, victimario de patriotas, y del padre, de quien —según el malévolos decir de las viejas y devotas godas caraqueñas— no se sabía cuándo dejaba de ser hombre para convertirse en demonio.

Vienen luego los largos días de la contienda federalista. Y los pueblos de Venezuela le ven pasar al lado de Falcón obeso y risueño con suavidades de prelado; junto a la magra silueta de Zamora, de duro y aguzado perfil en el que predomina la nariz afilada y abrupta, la cabeza ceñida con el habitual pañuelo gualda y tocada con el sombrero de palma sobre cuya copa cabalga con su exotismo un kepis francés. Y en medio del tumulto de los generales, entre los jefes y oficiales díscolos y gruñones, percíbese la figura apuesta del caraqueño autoritario que, envuelto en airosa capa española va sembrando aventuras por doquiera va su paso, mientras que en el ánimo de los que le miran con atención va ahondándose el convencimiento de que hay en él algo todavía no revelado, oculto en el fondo aún no sondeado de su personalidad.

Más tarde, cuando llega la hora del triunfo, olvida pronto las marchas penosas por los caminos polvorientos y bajo el sol urente que exalta la mente y provoca ante las miradas seductores espejismos; y evoca sus andanzas por los salones palaciegos de la vieja Europa, adonde lo llevarán fructuosas operaciones crematísticas. Saint-James y Las Tullerías fueron los luminares que atrajeron a esta deslumbrada mariposa de las tierras equinocciales, extraviada bajo los cielos europeos. Su espíritu aventurero encontró campo propicio en la corte fastuosa que se albergaba en el viejo palacio donde acaso andaba errante el espíritu de Catalina de Médicis. Las auras del parque de Saint-Cloud murmuraron tal vez a su oído aguda confidencia de lo que vieron en un día de Brumario. Y fue el ambiente de improvisación, más comprensible para quien como él iba en pos de la aventura afortunada, lo que le hizo aficionarse con profundidad y firmeza a la corte de Las Tullerías y ver, con fina percepción de hombre ajeno a pasiones capaces de extraviar la opinión y aun de perderla, el auténtico hombre de estado que los historiadores del presente están reconociendo en la taciturna figura de Napoleón III, y en los esplendores del Segundo Imperio el modelo que más tarde habría de querer imitar en Caracas, en Macuto y en el ambiente de égloga de Antímamo.

En la casa de Las Carmelitas, en la espléndida mansión en donde triunfa la belleza patricia de Ana Teresa Ibarra, se congregan los amigos que forman la tertulia cotidiana.

Hierve en las copas de Baccarat el champaña rubio y burbujeante y ostenta su tinte ambarino el *brandy*, recia bebida para hombres que son hombres. Por sobre el rumor respetuosamente apagado de las conversaciones, óyese como una nota de clarín altanera y vibrante la voz de Guzmán que acentúa un comentario o apunta un detalle presente en su memoria siempre alerta. Y pasan las horas de cordial y ameno departir entre los hombres que, venidos de todas las regiones del país, juntan sus sufragios en torno de aquel en quien, con previsión que por largos años no habrá de verse defraudada, ven al único capaz de lograr la era de paz de que habría menester la República para reponerse de sus duros quebrantos.

Ya van despidiéndose las visitas; y tras ligero besamanos a la primera dama, estrechan la mano y oyen la despedida afable del caballeroso anfitrión. Ya don Andrés Ibarra se retiró a sus habitaciones, envuelto en su abrigado capote bogotano. Las luces van extinguiéndose poco a poco. Resuenan, apagadamente, órdenes militares, breves y precisas: aseguran ellas la vigilancia en torno de la persona del Jefe, que es la persona misma de la República. Y cuando en corredores y pasadizos ya no queda nadie; cuando todos están ya entregados al sueño apacible y confiado, vése una silueta erguida y silenciosa que va por todas partes dando el vistazo final que fundamenta y afirma esa seguridad: es Domingo Castro, el jefe de la Guardia, que, fiel y adicto, vela el sueño de Guzmán.

Ya está Guzmán en Caracas. Ya es el dueño de los destinos de un país que, desangrado por las guerras, ha olvidado, como a un bien cuyo goce fue lejano, las bendiciones de la paz. Todo está por hacerse, pues que la contienda federalista renovó el aliento feral de la Guerra a Muerte.

Y, consciente del solemne compromiso que ha contraído, entrégase de lleno a la realización de cuanto en sus largas noches de meditación ha forjado para lograr el bien de la República.

Tendido quedó en Tinaquillo el cuerpo inerte de Matías Salazar. "El tremendo deber está cumplido..." dice en aquella ocasión al país estremecido de espanto ante la renovación del cadalso, de la muerte legal, ya olvidada. Pero, enderezada a militares y a civiles, contiene esa frase una admonición tan severa, que nadie es osado a desafiar el ineluctable empeño que todos saben que le anima, de darle paz y prosperidad a Venezuela, pues tampoco se ignora que no habrá de retroceder ante la necesidad de alzar un nuevo patíbulo para quienes pretendan ser obstáculo para que ese deseo pueda tornarse realidad.

Mas, si el aliento de Belona sopló en sus sienes inspirándole terribles pensamientos para defender su ideal, no ha de olvidarse que tal deidad puede presentarse también revestida de la suprema majestad de Atenea. Y así, a un gesto de la diosa sabia y prudente, toma la pluma y obedeciendo al sagrado mandato escribe la disposición que encomienda para siempre al gobierno de Venezuela el deber de instruir a los ciudadanos de la República en forma gratuita y obligatoria.

¿Qué es la ciudad cuando Guzmán Blanco se detiene a pensar en la realización de sus sueños de hacerla grande, hermosa y próspera? Es una vieja villa colonial donde iglesias y conventos ocupan lo mejor del área urbana; con calles empedradas a trechos y a trechos fangosas; con casas construidas "a la malicia", como en la jerga forense de la Colonia se denominaba a las que, construidas de un solo piso, disminuían el pago del impuesto. El casco urbano prolongábase por el norte hasta la Puerta de Caracas, dejando atrás el puente de Carlos III; íbase por el sur, camino de los llanos, hasta la plaza de

Capuchinos y más allá veíase la aglomeración de viviendas de los Lazarinos; más abajo estaba el Guaire, regando vegas y haciendas; por el naciente, dejando atrás el cují de Casquero y trasponiendo el puente que más abajo fuera construido incorporaba a la parroquia de Candelaria, llegando hasta el puente echado sobre el Anauco; y por el noreste, íbase con humildes viviendas hacia Cotiza y Gamboa.

Los prejuicios, los intereses creados, toda la revuelta maraña de malas intenciones que paralizan y estancan los mejores propósitos, reflejaban sobre la ciudad, haciendo que llevara una vida inmóvil e infecunda.

Pero, Guzmán Blanco ha llegado. Y situándose por encima de las preocupaciones, de las mezquindades personales, de los temores pueblerinos, acomete la obra, extraordinaria para su tiempo y para los recursos con que cuenta, de hacer de Caracas una ciudad digna de su tradición de gloria y de su condición de guardiana del sagrado depósito que constituyen las cenizas del Libertador.

Sembrador de progreso, a voleo lanza las semillas que rápidamente habrán de rendir magnífica cosecha. Y donde un día se alzaron vetustos monumentos surgen la soberbia masa del Capitolio, el Palacio Legislativo, la joya gótica de la Universidad, el Palacio de las Academias (hasta hace poco albergue de esta Academia y del cual quién sabe hasta cuándo andaremos ausentes), el Teatro de la Ópera, la Basílica de Santa Ana y el Templo de Santa Teresa (delicado homenaje a la consorte insigne), y transforma la Plaza Mayor, de lineamientos rurales, en primoroso jardín en medio del cual, como una espléndida flor de bronce, se alza la efigie del Padre de la Patria. Y, completando la solemnidad del homenaje, váse hasta la vieja iglesia de La Trinidad, de rancia tradición bolivariana, y posando en ella como gloriosa piedra miliar el sublime mármol de Tenerani, la convierte en Panteón a donde irán a montar la guardia en torno del Caudillo Eterno todos cuantos han sabido servir digna y gloriosamente a la República.

La colina de El Calvario guardaba el recuerdo ingrato de una derrota: la que sufrida por Bermúdez el 23 de julio, vino a ser olvidada al día siguiente con el triunfo definitivo de Carabobo. Un toque de la mano milagrosa a la cual impulsaba el progreso, hizo la mágica transformación; y surgió el Paseo de la Independencia con sus arriates y sus fuentes, con sus peceras y sus jaulas plenas de innumerables pájaros.

La ciudad sufre el sutil contagio del afán que posee al Gran Civilizador. Y la estructura urbana va transformándose merced al estímulo que recibe el esfuerzo particular. A los gustos nuevos va inclinándose lenta pero seguramente la gente que hasta ahora había encontrado regalo en el ambiente apacible de los antepasados. Los viejos estrados, las pinturas ingenuas que decoraban los amplios salones, los muebles sólidos y pesados de los abuelos van siendo relegados y eliminados para dejar sitio a los frágiles sillones Luis XV, a los espejos de Venecia, a los tapices historiados, a las modernas arañas de gas. Y a los modestos cafés, a los humildes figones de antaño han venido a sustituirlos las lujosas botillerías resplandecientes de espejos y los modernos restaurantes donde los complicados platos de la cocina europea vienen a reemplazar a los productos sanos y humildes de la cocina criolla.

La caprichosa alternativa que lleva con frecuencia a Guzmán Blanco a Europa, delegando cuando se ausenta la autoridad que sabe que es bien suya en subalternos a quienes la suerte misma se encarga de cercenar las ambiciones que dejan traslucir, es, no obstante, beneficiosa, porque en cada ocasión en que regresa viene con nuevo fervor y vigoroso empeño a poner en práctica ideas nuevas que él sólo puede realizar.

Es la Fortuna deidad esquiva y caprichosa que así dispensa sus favores como los niega con obstinado empeño. La gracia que de los dones de ella poseyó siempre Guzmán Blanco, hizo que se encontrara en ejercicio de la suprema autoridad cuando llegó la hora de festejar el centenario del más glorioso de los hijos de la ciudad ilustre.

Y Bolívar recibió el homenaje que consagraba su grandeza, a tributarle el cual concurrieron América y Europa de consuno. Y con justificado orgullo pudo mostrar Guzmán Blanco al concierto de las naciones todo cuanto había hecho en el país que le había confiado sus destinos.

No fue perdido el empeño con que Guzmán Blanco al contemplar el París del Segundo Imperio, transformado por el barón Haussmann; al atravesar el lento paso de un tronco de magníficos trotones las avenidas del Bosque de Bolonia; al pasear meditabundo y nostálgico bajo las arboledas de Compiègne o de Fontainebleau, soñó para su Caracas lejana una obra de transformación y de mejoramiento. Serenamente, ponderadamente, con acertada apreciación del medio supo llevarla a cabo. Y es gracias a ese empeño que perseguía la realización de un ensueño ambicioso y magnífico, como unió su nombre para siempre al concepto de la ciudad nueva. Y si poseído de un afán de imitación soñó para ella los esplendores imperiales que tanto le cautivaran, bien podría decirse que fue como si hubiera traído un simbólico ramo de violetas a exhalar su olor inebriante bajo los cielos del Trópico.

VII — LA ELEGÍA DE LA CIUDAD QUE SE VA...

¡BELLA ciudad que has sabido ser límpido espejo de virtudes eminentes obedeciendo al mandato que el cántico patriótico te hizo, obligándote para la eternidad, aquí he venido a evocar tu pasado de gloria y a ensalzar tu grandeza de siempre!

Por un extraño sortilegio que parece presidir a tu destino, preciso es conocerte para amarte; pero también hay que amarte para conocerte. Tú enciendes en las mentes juveniles, lo mismo en tu proximidad que a la distancia, la llama de un ensueño indestructible; y eres generosamente acogedora para quienes llegan a tí, romeros de esperanza, cargados de ilusiones, de esas ilusiones que se nutren con la más pura esencia de las almas que se abren como frescas rosas en el amanecer de la vida.

¡Ya te he visto, ciudad preclara, en distintos aspectos de tu vida insigne y gloriosa! Y prendida quedó mi admiración, cual lámpara votiva, ante todo cuanto para lustre y realce de tu nombre ha quedado en los fastos de tu historia.

Potencial de grandeza, te preví en el Valle sin Nombre que estaba esperándote en su seno, junto al flanco poderoso del Gran Monte que te cuidaría como un centinela fiel y sin reproche. Y, símbolo acaso de lo que habrías de ser, allí estaba —como aún se la ve hoy— la silueta de una soberbia matrona reclinada a lo largo de la serranía que limita por el norte la extensión encantada que vendrías a ocupar.

Luego, ocupado el Valle por parcialidades indígenas —una de las cuales te legaría su nombre— vi cómo llegaba hasta él, como prenda de una alianza que los hados tornaron imposible, el Gran Mestizo; y obedeciendo a un mandato que acaso emanaba de la doble fuente de su origen, dejaba en su ámbito el recuerdo imperecedero de su esfuerzo.

Más tarde, te miré pasmada de asombro ante la heroica hazaña de Alonso Andrea de Ledesma; luego, haciendo derroche de gentileza para cumplimentar a los gentileshombres que regresaban a Versalles de luchar por la libertad de la América del Norte; después, dolida pero altiva, cual doncella a quien nadie puede manchar, en los días tremendos de la

prueba; y más adelante consideré tu mudanza entre las manos hábiles de aquel de tus hijos que para amarte supo inspirarse en los ideales del *todo hecho de gloria* cuyos despojos guardas en tu seno como el máspreciado tesoro.

¡Preciso es conocerte para amarte...! Pero ha de pagarse a un alto precio tan inestimable favor. Como que hay que darse a ti enteramente, para alcanzar esa comprensión que involucra el goce de rendirse ante tu encanto incomparable.

Y como el conocerte se paga con moneda de vida, con sangre de juventud, he aquí que evocar los días que en ti se han visto pasar es como recorrer un campo florecido de asfódelos en cuyos cálices se encontrara, como un niño dormido, cada una de las ilusiones que fuimos perdiendo a lo largo del camino...

.

Va avanzada la centuria actual cuando comienza a realizarse tu irradiación hacia todos los rumbos. Por el noroeste, llegas a Catia, a encontrar la carretera que viene de La Guaira; por el sur, vas hacia las vegas del Guaire y te prolongas hasta La Vega, absorbiendo las que un día fueron feraces tierras de Garci-González de Silva. El magnífico fundo aledaño del Conde de San Javier y La Yerbera vienen en breve a fundirse en tu ámbito, y lo que la previsión de uno de tus hijos cuidóse de guardar para cuando fueras hacia el este, es hoy galano ornato de tu prolongación hacia el rumbo por donde aparece el sol. Las haciendas y fundos tan llenas de recuerdos: Sans-Souci, Bello Monte y Blandín, y más tarde La Estancia, Sabana Grande y Chacao, han ido poco a poco acercándose a ti hasta fundirse en ti misma. Los bosques que te rodeaban como cinto de verdor fueron dejando el sitio a innúmeras viviendas. Y, desparramado por el valle extenso, el caserío sigue las sinuosidades del terreno, trepa a los cerros y lleva a todas partes la bullente animación de la vida ciudadana. Sin embargo, en lo que formara tu entidad primitiva había escasa mudanza, y apenas esbozábese en las nuevas construcciones algo que se salía un poco de lo rutinario o habitual.

Aliento poderoso fue el que sopló un día en tu ámbito; y, como si trajera consigo algo capaz de purificar y enaltecer, transformó lo que hasta entonces había sido una laceria en tu costado en lo que es hoy tu orgullo y será por muchos años pauta de cuanto haya de hacerse en tu recinto. Pero eso era apenas el comienzo, y se esperaba algo que habría de venir...

Y he aquí que han llegado los poderosos artefactos con los cuales el hombre de estos tiempos llega a transformar a la Naturaleza misma; rocas que desafiaron el paso de los siglos son como blanda cera ante la fuerza de los monstruos de acero que llegan hasta lo más profundo de su dura entraña. Un tremendo aliento de Apocalipsis parece soplar con ímpetu arrollador sobre el suelo estremecido; y el paisaje se convierte en movedizo y cambiante andamiaje ante el empuje de los modernos Leviatanes.

Formidable Lubrican concita impulsos, aúna empeños y concentra fuerzas a los que nada puede resistir. Brazos descarnados, de precisos movimientos, manejan cual livianas pajas los pesos abrumadores ante cuya masa vacilaba antaño el intento gregario. Cuchillas poderosas van hasta lo profundo del suelo para arrancar y traer a la luz, que no habían vuelto a ver desde los días iniciales de la Tierra, las capas más hondas que tal vez pensaron dormir allí un sueño de eternidad.

Bajo el impulso irresistible, tus viejos edificios vacilan y se abaten con resignación fatalista. Cumplieron su misión y saben que hoy les toca desaparecer. El golpear isócrono

de las grandes masas que muestran una habilidad casi humana, ha venido a sustituir el bíblico resonar de las trompetas que derrumbaban las más sólidas murallas. Y después que pasa el momento de la suprema expresión de fuerza, lo que fue la mansión orgullosa donde se ostentaron las fastuosidades de otros días, es ahora un informe montón de escombros que, más tarde, con la indiferencia que infunde lo habitual, se llevarán de allí los camiones de carga.

Al viajero que llegara desprevenido de la transformación que en ti está haciéndose, pareceríale que acabas de sufrir una sísmica conmoción. ¿Dónde están las mansiones soberbias, las casonas que con sus amplias dimensiones llenaban tus manzanas más céntricas y eran, con su fastuosidad y elegancia, el orgullo de sus moradores? Por doquiera han funcionado sin tregua los más poderosos instrumentos de destrucción, y emulando a las fuerzas mismas de la Naturaleza han demolido los edificios y van transformando tu faz habitual y familiar. Hoy sólo vemos la melancólica exhibición del ámbito solitario y ruinoso de lo que fueron los lujosos salones de otrora, los gabinetes coquetos, los dormitorios fastuosos, en donde vivieron y amaron y sufrieron aquellos que se fueron llevándose en las pupilas que se apagaban para siempre, la imagen de lo que hoy se está yendo para nunca más volver. Parigual es la suerte de las viejas viviendas: pues que, junto a los restos de las mansiones opulentas, vemos las que recuerdan que también hubo otras, humildes, donde una clase media, incansable en la lucha por el pan cotidiano, mantenía dignamente su posición, sin claudicaciones ni bajezas.

La inmovilidad que paralizara por luengos años el impulso que debía transformarte, tiende ya a desaparecer. Llegó, por fin, la fuerza capaz de realizar la obra magna y efectiva. Pero ¡ay! ya no serás más la misma de otros días... Acogedora y atractiva como siempre, a ti ya están llegando gentes que proceden de todas las latitudes. Y para ellas sólo serás el medio propicio donde aspiran a rehacer el bien perdido allá en su patria lejana; y para sus hijos, que en ti nazcan y en ti crezcan, serás la ciudad nueva que sus ojos irán poco a poco aprendiendo a mirar.

Bulles, oh ciudad, de gente activa y apresurada. El resonante golpear de los martillos mecánicos forma una sinfonía bárbara que ritma la fiebre del trabajo incesante. Como al toque de una varilla feérica, parece que brotaran del suelo las nuevas construcciones. Y al paisaje que se nos hizo familiar al contemplarlo desde lo alto; al abigarrado caserío que se extendía por el valle delicioso, han venido a sustituir las grandes masas cuadrangulares —suerte de monstruosos Argos con millares de ojos que se llenan de luz cuando el crepúsculo va arropándote con su manto al tramontar el sol las colinas del ocaso. Es el momento prodigioso en que, cuajado de luces en toda su extensión finge el Valle un magnífico escriño sobre el cual se hubiera volcado toda la pedrería de un tesoro de las Mil y Una Noches.

Nueva decoración y nuevo encanto vendrán seguramente a sustituir todo cuanto hoy vemos que desaparece para siempre. El olvido, fácil en las generaciones del presente, absorbidas y arrastradas por el vértigo de la vida actual, pronto echará su denso velo sobre todo cuanto vimos un día lucir con seducción incomparable. Y parecerá que son viejas consejas, solaz de espíritus caducos, los recuerdos que de lo que fuiste guardamos todos cuantos hemos sabido amarte.

Acaso sea, entonces, como un acento redivivo de lo que ya no existe, el resonar melancólico del viejo reloj de Catedral, que al lanzar a las salas del espacio el clamor de sus bronces centenarios, llevará por el ámbito del Valle la voz de la ciudad que se fue...

Pero, habrá de llegar un día en que, en medio de la apresurada actividad que ha transformado tu existencia, surgirá el vivo anhelo de hacer una evocación de lo que fuiste. Y se hablará entonces, con añoranza, con ese "triste membrarse del bien perdido", de la hermosa ciudad antañona que supo de goces y dolores, de pruebas y de sacrificios, y que supo estar presta siempre al gesto generoso o al acto heroico, cumplidos con sencillez y elegancia.

Será, entonces, cuando alguien, en una hora aburrida en que se dedique a hojear viejos papeles, puede ser que dé con estas páginas. Y al apreciar tanto rendimiento y devoción como en ellas ha puesto mi cariño, tratará tal vez de explicarse el por qué cuando hemos visto cómo eran demolidos tus viejos monumentos, tus casas llenas de recuerdos de una vida que no podrá jamás ser olvidada, hemos sentido, como si desapareciera algo que nada podrá ya compensar. Y acaso le ofrezca la clave del secreto que desea desentrañar la frase emocionada en que, ante la transformación de su París amado e inolvidable, expresó lo que para él significaba, la inspiración de un celebrado cancionero norteamericano, y la cual por su hondo valor sentimental he hecho mía en estos momentos:

"¡Múdenla ya como quisieren:
en mí estará como la vi...!"